

BACCALAURÉAT GÉNÉRAL

SESSION 2003

ESPAGNOL

LANGUE VIVANTE 1

Série L

DUREE DE L'ÉPREUVE : 3 heures. – COEFFICIENT : 4

L'usage de la calculatrice et du dictionnaire n'est pas autorisé.

Dès que ce sujet vous est remis, assurez-vous qu'il est complet.
Ce sujet comporte 3 pages numérotées de 1/3 à 3/3.

Compréhension et expression	14 points
Traduction	6 points

Aquellos maestros hacían milagros

En la época de la dictadura -y creo que ya durante la república- existía el dicho de “pasar más hambre que un maestro de escuela”. Y no hacía más que reflejar la realidad, ya que los maestros ganaban menos que un peón de albañil¹. Sin embargo, especialmente en el ambiente rural, el maestro era una especie de rey a quien se acudía para todo, desde pedir un consejo hasta escribir una carta, porque la mayoría de los trabajadores del campo eran analfabetos.

A pesar del poco salario y el mucho trabajo, los maestros de entonces sentían pasión por la enseñanza; amaban su profesión y se desvivían² para que los alumnos aprendieran. Y eso casi sin medios, ya que apenas si había libros y cuadernos, y para los niños pobres unos lápices eran un tesoro. Recuerdo que yo estudié toda la primaria con una pequeña enciclopedia, donde estaba todo: gramática, ciencias, geografía, historia, matemáticas, etc. Fue mi único libro hasta el bachillerato. Y sin embargo, aquellos maestros hacían milagros, aun sin libros. Y de esas escuelas rurales salieron grandes médicos, ingenieros, abogados, políticos, periodistas, escritores, artistas, obispos y un gran etcétera.

Mi padre y mi madre eran maestros en una aldea gallega³, y su aula era una sala de mi casa. Mi padre tenía dos pasiones: que ninguno de los niños de aquel puñado de familias dejase de ir a la escuela, y que en esta aprendieran lo más posible. Recuerdo que a veces, ya muy entrada la noche, mi madre decía: “Guillermo, vente a dormir que es tarde”. Y es que mi padre se quedaba hasta las tantas inventando tests de inteligencia para calificar a sus alumnos y preparando fichas para que aprendieran mejor. No regateaba tiempo⁴ ni esfuerzos en la dedicación de su escuela.

El pescadero del pueblo, un hombre bajito y simpático, había decidido que uno de sus cinco hijos no fuera a la escuela, porque tenía que ayudarlo a llevar las cajas de pescado con el burro. Mi padre, que no soportaba aquello, un día oyó al sardinero cantar su pescado en la calle. Me dejó a cargo de la clase, para que mantuviera el orden, y bajó corriendo. Mientras el hombre pesaba un kilo de sardinas para una vecina, le dijo delante de todos: “Tu hijo desde mañana viene a la escuela”. El sardinero quiso disculparse. “No admito excusas -le interrumpió mi padre-; el día de mañana tu hijo, si lo desea, podrá vender sardinas como tú, porque es un oficio tan digno como el mío de maestro. Pero lo que no quiero es que tenga que pasar por la vergüenza que tú pasas, al tener que hacer las cuentas con los dedos. Quiero que si algún día vende pescado, como su padre, pueda hacer las cuentas a los clientes con papel y lápiz.” La gente le escuchaba atentamente. Hasta el burrito se quedó inmóvil. “Me ha convencido, don Guillermo -le respondió el sardinero-; llévese a mi hijo a la escuela y que aprenda los números.” Encontré a aquel niño muchos años más tarde y no vendía pescado. Se había abierto otros caminos en la vida.

Sin embargo, los esfuerzos de aquellos maestros, que pasaban hambre pero amaban su oficio, no eran considerados por el régimen como hubieran merecido. Sobre todo si se permitían hacer pinitos⁵ democráticos. Como yo he mencionado, a mi padre le ocurrió -y me imaginé que no habrá sido el único- que el régimen le castigó con una nota de censura en su expediente⁶, acusándole de que sus alumnos cuando llegaban al bachillerato “hacían demasiadas preguntas”. Mi padre no entendió aquel reproche. “Pero si es bueno que pregunten -le comentaba a mi madre, porque eso quiere decir que tienen curiosidad, y así se forma la cultura”. Se había olvidado de que a las dictaduras les gusta más el signo de admiración que el de interrogación, porque preguntar puede ser peligroso.

Una vez, por aquellos tiempos del franquismo, el hijo de un militar preguntó a su padre: “Papá, ¿por qué los Reyes Magos traen juguetes mejores a los hijos de los ricos que a los de los pobres?” Y el padre, ante la pregunta impertinente, le respondió con un bofetón⁷ mientras le decía: “Los niños no preguntan, escuchan y callan”

- ¹ un peón de albañil : *un apprenti maçon.*
² se desvivían : desvivirse : *se mettre en quatre, faire tous ses efforts.*
³ una aldea gallega : *un petit village de Galice.*
⁴ no regateaba tiempo : // *ne comptait pas son temps.*
⁵ hacer pinitos : *faire ses premiers pas.*
⁶ su expediente : *son dossier.*
⁷ un bofetón : *une claque.*

I - COMPRÉHENSION DU TEXTE

1. Entresaca algunos detalles reveladores de las condiciones de trabajo de los maestros en aquella época.
2. ¿De qué le convenció don Guillermo al pescadero del pueblo?
3. “...aquellos maestros hacían milagros, aun sin libros.” (l. 11)
“el régimen lo castigó con una nota de censura en su expediente, acusándolo de que sus alumnos cuando llegaban al bachillerato “hacían demasiadas preguntas” (l. 36-37)

Di cómo estas dos frases evidencian el sentido del texto.

II - EXPRESSION PERSONNELLE

1. Haz una presentación del padre del narrador.
2. Comenta la frase siguiente :
“Se había olvidado de que a las dictaduras les gusta más el signo de admiración que el de interrogación, por lo que preguntar puede ser peligroso. ” (l. 39-41)
3. A partir de tu experiencia personal, explica cuál es, para ti, la función de la escuela.

III – VERSION

Traduire depuis “A pesar del poco salario...” (ligne 6) jusqu’à “...y que en ésta aprendieran lo más posible.” (ligne 16).